

LA SECULARIDAD CONSAGRADA

O

LA CONSAGRACIÓN SECULAR

Estad siempre alegres. Sed constantes en orar. Dad gracias en toda ocasión: esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús respecto de vosotros. No apaguéis el espíritu, no despreciéis las profecías. Examinadlo todo; quedaos con lo bueno. Guardaos de toda clase de mal. Que el mismo Dios de la paz os santifique totalmente (os consagre íntegros), y que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo, se mantenga sin reproche hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo. El que os llama es fiel, y él lo realizará. (1Tes 5, 16, 24)

La alegría, esperanza y acción de gracias son características esenciales de «los santos», de los consagrados. En medio de las pruebas y dificultades inherentes a la existencia, el cristiano tiene la misión de ser signo, testigo y servidor de la presencia salvadora de Dios, que nos creó y salvó para la comunión y el diálogo de amor con él.

El Santo de Dios, en efecto, nació del seno virginal de María, entró en el mundo, en una carne semejante a la nuestra, para conducirnos a la comunión con el Padre. Jesús no vino la mundo para vivir en el desierto, sino entre los hombres, como hermano entre los hermanos (cf. Hb 2, 10-13). «Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado». (GS 22) Dios envió a su Hijo nacido de mujer, nacido bajo la ley, a fin de liberarnos del pecado y santificarnos mediante el don del Espíritu Santo. (cf. Gal 4, 4-7)

La palabra de Dios revela que la consagración o santificación es obra de Dios. Él, mediante el don del Espíritu, nos incorpora a la existencia y misión de Jesucristo, el Santo de Dios. Fue enviado en la carne, para santificarla desde dentro. Se hizo carene con sus límites y posibilidades. La consagración secular quiere poner de relieve esta verdad de fe. El carisma de los Institutos Seculares fue dado a la Iglesia y al mundo como signo y memorial de la originalidad de la religión cristiana. Juan Pablo II, en el programa pastoral para el presente milenio, afirmaba:

¡El cristianismo es la religión que ha entrado en la historia! En efecto, es sobre el terreno de la historia donde Dios ha querido establecer con Israel una alianza y preparar así el nacimiento del Hijo del seno de María, « en la plenitud de los tiempos » (Ga 4,4). Contemplado en su misterio divino y humano, Cristo es el fundamento y el centro de la historia, de la cual es el sentido y la meta última. En efecto, es por medio él, Verbo e imagen del Padre, que « todo se hizo » (Jn 1,3; cf. Col 1,15). Su encarnación, culminada en el misterio pascual y en el don del Espíritu, es el eje del tiempo, la hora misteriosa en la cual el Reino de Dios se ha hecho cercano (cf. Mc 1,15), más aún, ha puesto sus raíces, como una semilla destinada a convertirse en un gran árbol (cf. Mc 4,30-32), en nuestra historia. (NMI 5)

La consagración secular se inscribe, por tanto, en el movimiento de la encarnación redentora. Dios entra en la historia para liberar desde dentro al mundo de la esclavitud del pecado, de la ley y de la misma muerte. El pueblo de los consagrados, la Iglesia, está llamado a colaborar con el Señor, para que su «reino de justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo» se manifieste plenamente en la historia, a fin de que todo sea recapitulado en Cristo

según el designio divino. El apóstol Pablo lo afirma de manera clara y significativa en textos como los siguientes:

El reino de Dios no es comida y bebida, sino justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo; el que sirve en esto a Cristo es grato a Dios, y acepto a los hombres. Así, pues, procuremos lo que favorece la paz y lo que contribuye a la edificación mutua. (Rom 14, 17-19)

Pues considero que los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará. Porque la creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios; en efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto. Y no solo eso, sino que también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo. Pues hemos sido salvados en esperanza. (Rom 8, 18-24)

En él, por su sangre, tenemos la redención, el perdón de los pecados, conforme a la riqueza de la gracia que en su sabiduría y prudencia ha derrochado sobre nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad: el plan que había proyectado realizar por Cristo, en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra. (Ef 1, 7-10)

La secularidad consagrada, por otra parte, debe tener siempre ante los ojos la meta de la misión de Jesucristo: «Dios todo en todos», que tendrá lugar en la parusía (cf. 1Cor 15, 28). Mientras nos encaminamos hacia la meta, los IS están llamados a ser *memoria profética* del descenso y entrada de Dios en la historia, para llevarla a plenitud según su designio de amor. La secularidad consagrada apunta, por tanto, hacia la meta última, pero andando el camino de la encarnación, a fin de introducir *el reinado de Dios en lo concreto de la historia*. La originalidad de la consagración secular se ha presentado por el magisterio de la Iglesia de formas múltiples y complementarias, siendo expresión de estar en el mundo sin ser del mundo. Así lo recuerda a todos los discípulos del Señor, mediante la vivencia de los consejos evangélicos y del apostolado propio de una vocación carismática.

Este apostolado de los Institutos Seculares, precisó Pío XII, debe ejercerse fielmente, no sólo *en el siglo*, sino como *desde el siglo*; y, por lo mismo, en profesiones, ejercicios, formas y lugares correspondientes a estas circunstancias y condiciones. (Motu proprio, *PRIMO FELICITER*, n. 6)

En la exhortación apostólica postsinodal, *VITA CONSECRATA*, Juan Pablo II presentó la originalidad de la consagración vivida por los IS en estos términos:

El Espíritu Santo, admirable artífice de la variedad de los carismas, ha suscitado en nuestro tiempo *nuevas formas de vida consagrada*, como queriendo corresponder, según un providencial designio, a las nuevas necesidades que la Iglesia encuentra hoy al realizar su misión en el mundo.

Pienso en primer lugar en los *Institutos seculares*, cuyos miembros quieren *vivir la consagración a Dios en el mundo* mediante la profesión de los consejos evangélicos en el contexto de las estructuras temporales, para ser así levadura de sabiduría y testigos de gracia dentro de la vida cultural, económica y política. Mediante la síntesis, propia de ellos, de secularidad y consagración, tratan de *introducir en la sociedad las energías nuevas del Reino de Cristo*, buscando transfigurar el mundo desde dentro con la fuerza de las Bienaventuranzas. De este modo, mientras la total pertenencia a Dios les hace plenamente

consagrados a su servicio, su actividad en las normales condiciones laicales contribuye, bajo la acción del Espíritu, a la animación evangélica de las realidades seculares. Los Institutos seculares contribuyen de este modo a asegurar a la Iglesia, según la índole específica de cada uno, una presencia incisiva en la sociedad. (n. 10)

Benedicto XVI ahondó esta perspectiva al recordar cómo los IS están *llamados a vivir con radicalismo evangélico la secularidad en la que están inmersos en virtud de su condición existencial*. Los IS viven la consagración radical al Señor en el siglo, ya que tienen una percepción positiva de la secularidad. Para ellos la secularidad no es vista sólo desde un punto de vista sociológico, sino también como una realidad teológica en la que acontece la historia de la salvación y, por tanto, el testimonio de los discípulos de Jesucristo. El misterio de la encarnación hace de la secularidad un verdadero lugar teológico. «La obra de la salvación no se llevó a cabo en contraposición con la historia de los hombres, sino dentro y a través de ella». No lo olvidemos: Jesús es el rey del universo. La creación espera ser liberada de la corrupción mediante la manifestación de la libertad de los hijos de Dios (cf. Rom 8, 18-30).

La consagración de los IS tiene sus fundamentos en unos presupuestos claros y sencillos, de capital trascendencia. La existencia humana, se sea consciente o no, es vocación divina y misión. Venimos a la existencia llamados por Dios que nos confía su creación, para que la cultivemos, siendo así *alabanza de su gloria*. Por amor fuimos creados en Cristo, y Dios, en su *derroche de amor* nos ha revelado su designio: recapitular todo del cielo y la tierra en Cristo. En esta perspectiva, la consagración secular, lejos de comprenderse en la lógica de la separación, se vive desde la perspectiva del «*sacerdocio cósmico*», al que está llamado todo hombre y mujer desde el origen de la vida en la historia. El ser humano es llamado a la existencia y recibe la misión de cultivar la tierra para alabanza del Creador.

Seducidos por el amor y la belleza de Cristo, así como por su manera de llevar adelante el designio del Padre, los miembros de los IS son consagrados por el Espíritu de santidad, para ser signos e instrumentos designio creador y salvador de Dios: liberar la creación de acuerdo con la dinámica de las bienaventuranzas. Por ello, el modo de estar en el mundo de los miembros de los IS debe ser signo de su modo de estar en Cristo; y su modo de estar en Cristo, expresión de su implicación en el Espíritu para llevar a cabo el designio amoroso del Padre sobre el mundo. Consagración y secularidad se armonizan e iluminan en el misterio trinitario, tal como se revela en la acción creadora y recreadora. La Iglesia, como enseñó Pablo VI, «tiene una auténtica dimensión secular, inherente a su íntima naturaleza y a su misión, que hunde su raíz en el misterio del Verbo Encarnado, y se realiza de formas diversas en todos sus miembros» (Discurso a los IS, 2 de febrero 1972) Meditemos, por tanto, en la dinámica de la consagración secular a la luz del Verbo encarnado.

I.- EL SANTO NACIDO DE MARÍA VIRGEN

En el principio existía el Verbo... En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres... Y el Verbo se hizo carne y habitó (puso su tienda) entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad... A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer. (Jn 1, 1-18)

María, por obra del Espíritu, concibió a Jesús, nombre dado por el ángel, el santo de Dios, *consagrado y enviado por el Padre al mundo* (cf. Jn 10, 36). Él es el nuevo Adán, como indica Pablo. Él revela a la humanidad el misterio del Padre y la sublime vocación del hombre. En

el Espíritu de santidad, fue enviado al mundo por el Padre, para restaurar íntegramente al hombre. Él es el hombre perfecto: quien lo sigue se perfecciona en su humanidad (cf. GS 41). En el Hijo venido en la carne se revela la vocación y el auténtico destino del ser humano. «Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina». (GS 22)

En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. Nada extraño, pues, que todas las verdades hasta aquí expuestas encuentren en Cristo su fuente y su corona.

El que es *imagen de Dios invisible* (Col 1,15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre.

Seducidos por la belleza de Cristo, el hombre nuevo, los consagrados buscan, ante todo, vivir *la vocación divina* en lo concreto de la historia, de acuerdo con el beneplácito del Padre. Incorporados al Santo de Dios, por el Espíritu, e iluminados y sostenidos por él, se deciden a recorrer la senda estrecha del hombre nuevo, a fin de contribuir al verdadero humanismo, que tanto anhela y desea el mundo, aun cuando no acierte con el camino.

El hombre contemporáneo camina hoy hacia el desarrollo pleno de su personalidad y hacia el descubrimiento y afirmación crecientes de sus derechos. Como a la Iglesia se ha confiado la manifestación del misterio de Dios, que es el fin último del hombre, la Iglesia descubre con ello al hombre el sentido de la propia existencia, es decir, la verdad más profunda acerca del ser humano. Bien sabe la Iglesia que sólo Dios, al que ella sirve, responde a las aspiraciones más profundas del corazón humano, el cual nunca se sacia plenamente con solos los alimentos terrenos. Sabe también que el hombre, atraído sin cesar por el Espíritu de Dios, nunca jamás será del todo indiferente ante el problema religioso, como los prueban no sólo la experiencia de los siglos pasados, sino también múltiples testimonios de nuestra época. Siempre deseará el hombre saber, al menos confusamente, el sentido de su vida, de su acción y de su muerte. La presencia misma de la Iglesia le recuerda al hombre tales problemas; pero es sólo Dios, quien creó al hombre a su imagen y lo redimió del pecado, el que puede dar respuesta cabal a estas preguntas, y ello por medio de la Revelación en su Hijo, que se hizo hombre. El que sigue a Cristo, Hombre perfecto, se perfecciona cada vez más en su propia dignidad de hombre. (GS 41)

Todo esto plantea una cuestión de fondo a la hora de pensar la misión del pueblo de los consagrados en la historia y, de modo muy especial, el papel que están llamados a jugar los IS en la Iglesia y el mundo. ¿Creemos realmente que la vocación del hombre es la divina? ¿Cómo la cultivamos y damos a conocer en nuestros ambientes eclesiales, en el trabajo, en la sociedad? ¿Basta con hacer personas buenas y religiosas?

II.- EL DEVENIR HUMANO DEL SANTO DE DIOS

Y, cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño, por su parte, iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él.

Él bajó con ellos y fue a Nazaret y estaba sujeto a ellos. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres. (Lc 2, 39-40.51-52)

Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado. (GS 22)

Puesto que Cristo nació de mujer y bajo la ley (cf. Gal 4, 4-7), no nació como un ser ya acabado, sino que, como constata el evangelista Lucas, fue creciendo «en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres». Meditemos un poco en el devenir de Jesucristo, el hombre perfecto. El Hijo de Dios no se disfrazó de hombre, fue un hombre probado en todo como nosotros, menos en el pecado. El devenir, conviene notarlo, es una dimensión propia de la criatura humana: se hace y crece en la historia.

1.- Hacerse niño

Festejamos mucho el nacimiento del Hijo de Dios en el portal de Belén, pero pensamos poco qué implica el hacerse de verdad niño. Necesitamos superar una piedad infantil. El niño viene al mundo por medio de otros, es indigente y necesita de otros para sobrevivir. Crece y se forma en la dependencia de los padres, de la cultura y tradiciones de un pueblo, incluidas las tradiciones religiosas. El hombre se desarrolla y alcanza su madurez en las relaciones. Jesús aprendió a ser hombre, a ser judío, a relacionarse con Dios en el seno de la sinagoga, en el templo de Israel, en la lectura y meditación de las Escrituras, en una tradición viva.

Jesús, en el silencio de Nazaret, fue madurando como el hombre perfecto, para llevar a cabo la obra del Padre. En este proceso, vivido en el anonimato de Nazaret, se revela la importancia de la familia, de la vida discreta, silenciosa y disciplinada, dejándose hacer por las Escrituras en cuanto son palabra de Dios.

Silencio de Nazaret, enséñanos el recogimiento, la interioridad, la aptitud de prestar oídos a las buenas inspiraciones y palabras de los verdaderos maestros; enséñanos la necesidad y el valor de la preparación, del estudio, de la meditación, de la vida personal e interior, de la oración que Dios sólo ve secretamente.

Enseñe Nazaret lo que es la familia, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable; enseñe lo dulce e insustituible que es su pedagogía; enseñe lo fundamental e insuperable de su sociología. (Pablo VI)

2.- Trabajo con manos de hombre.

El hijo de José, el carpintero, como Jesús era conocido, trabajó con manos de hombre. No sabemos si aportó algo nuevo a la técnica; si aportó mucho al sentido del trabajo. Santificó el trabajo y elevó la dignidad de la persona trabajadora, llamada a cultivar lo creado que el Creador confió al ser humano. Jesús ganó el pan con el sudor de su frente, compartiendo la condición del ser humano, ante la inhóspita tierra a causa del pecado.

¡Oh Nazaret, oh casa del "Hijo del Carpintero", cómo querríamos comprender y celebrar aquí la ley severa, y redentora de la fatiga humana; recomponer aquí la conciencia de la dignidad del trabajo; recordar aquí cómo el trabajo no puede ser fin en sí mismo y cómo, cuanto más libre y alto sea, tanto lo serán, además del valor económico, los valores que tiene como fin; saludar aquí a los trabajadores de todo el mundo y señalarles su gran colega,

su hermano divino, el Profeta de toda justicia para ellos, Jesucristo Nuestro Señor! (Pablo VI)

El Verbo creador, asumiendo la condición del trabajador manual, viviendo sumiso a José y María, tras el incidente del templo a la edad de doce años, nos muestra la importancia de la dignidad de toda persona, independientemente de su función en la historia. El trabajo forma parte de la condición humana. Jesús vivió concretamente la divisa: «ora et labora»; y lo hizo respetando la autonomía de las realidades temporales. Trabajó con manos de hombre y no al estilo de los «dioses» disfrazado de hombre, como narran las mitologías.

3.- Pensó con inteligencia de hombre.

El mito del igualitarismo es falso. Los seres humanos somos irrepetibles. Hay personas con una inteligencia más aguda y precoz que otras, así como las hay que reciben habilidades y luces especiales. Pero es propio de la condición humana progresar hacia un conocimiento más pleno del cosmos, como de la realidad humana y divina. Esto no impide que se pueda recibir en un momento determinado una especial iluminación de Dios, como lo vemos en la vida de los santos, incluso en uno mismo. Jesús nos sorprende con esta afirmación: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. En cuando al día y la hora, nadie la conoce, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, solo el Padre». (Mc 13, 31-32)

Jesús crecía en sabiduría. Se formó en la escuela de las Escrituras. Los sábados acudía a la sinagoga, donde escuchaba y meditaba, junto con el resto de los suyos, la palabra de Dios. Los evangelistas apenas hablan de esto, pero sí señalan la extrañeza de sus paisanos cuando le oyen explicar las Escrituras en el lugar que antes frecuentó para escucharlas. No olvidemos los largos años que frecuentó la sinagoga de Nazaret, según era su costumbre.

Los evangelios relatan cómo Jesús descubrió «su hora» y la llegada de «la hora del Padre», así como los tiempos y espacios de su misión, a través de las intervenciones de su madre o de la cananea, y de otras mediaciones no siempre justas.

Pensó con inteligencia de hombre, pero no según los hombres. El evangelio recuerda cómo increpó a Pedro, pues pensaba según los hombres: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!» (Mc 8, 33). La inteligencia de Jesús se aplicó a pensar, en todo momento, como pensaba su Padre. Un momento de inflexión importante en la inteligencia de Jesús de su vida y misión, fue, sin duda alguna, cuando se rasgaron los cielos, bajó sobre el Espíritu de la verdad y santidad, y escuchó la voz del cielo: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco» (Mc 1, 11). Jesús nos enseña a consagrar y cultivar nuestra inteligencia humana, a fin de pensar según Dios y no según los hombres.

He aquí también una dimensión importante de la consagración secular: *el respeto de la autonomía de las realidades temporales, pero de acuerdo con el pensamiento de Dios*, como enseñó el Concilio Vaticano II y cultivaron los pioneros de los IS. Escuchemos lo que decía el Concilio:

Muchos de nuestros contemporáneos parecen temer que, por una excesivamente estrecha vinculación entre la actividad humana y la religión, sufra trabas la autonomía del hombre, de la sociedad o de la ciencia.

Si por autonomía de la realidad se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. No es sólo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del

Creador. Pues, por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia o arte...

Pero si *autonomía de lo temporal* quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le oculte la falsedad envuelta en tales palabras. La criatura sin el Creador desaparece. Por lo demás, cuantos creen en Dios, sea cual fuere su religión, escucharon siempre la manifestación de la voz de Dios en el lenguaje de la creación. Más aún, por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida. (GS 36)

El Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, hecho El mismo carne y habitando en la tierra, entró como hombre perfecto en la historia del mundo, asumiéndola y recapitulándola en sí mismo. El es quien nos revela *que Dios es amor (1In 4,8)*, a la vez que nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana, es el mandamiento nuevo del amor.

Los dones del Espíritu Santo son diversos: si a unos llama a dar testimonio manifiesto con el anhelo de la morada celestial y a mantenerlo vivo en la familia humana, a otros los llama para que se entreguen al servicio temporal de los hombres, y así preparen la materia del reino de los cielos. Pero a todos les libera, para que, con la abnegación propia y el empleo de todas las energías terrenas en pro de la vida, se proyecten hacia las realidades futuras, cuando la propia humanidad se convertirán en oblación acepta a Dios.

El Señor dejó a los suyos prenda de tal esperanza y alimento para el camino en aquel sacramento de la fe en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en el cuerpo y sangre gloriosos con la cena de la comunión fraterna y la degustación del banquete celestial. (GS 38)

La secularidad consagrada, por tanto, debemos pensarla y vivirla con esta finalidad: preparar «la materia del reino de los cielos», tal como la celebramos de forma anticipada en la Eucaristía.

4.- Obró con voluntad de hombre.

La carta a los Hebreos enseña cómo Jesús, aun siendo hijo, aprendió la obediencia entre gritos y lágrimas, sufriendo (cf. Hb 5, 7-8). Él, en efecto, mantuvo una lucha constante para llevar a cabo la voluntad del Padre, su designio de salvación. No ignoraremos su agonía, es decir, su lucha en una carne semejante a la nuestra, para llevar a cabo la obra del Padre. Cierto, Jesús hizo de la voluntad del Padre hizo su comida, pero no es menos cierto y significativo: vivió la obediencia entre gritos y lágrimas. Experimentó la turbación y debió afirmarse en su voluntad de subir a Jerusalén, para llevar a cabo el designio de salvación, tal como había sido anunciado por el Espíritu a través de los profetas

El camino empinado de la obediencia es consecuencia del misterio de la encarnación. Y de nuevo nos encontramos, como en la cuestión anterior, con esta paradoja: obró con voluntad de hombre, pero llevando a cabo la voluntad de Dios y no la suya ni la de los suyos. Tergiversamos el Evangelio cuando ocultamos esta verdad. Pero hoy dejamos aquí este apunte, para retomarlo y ahondarlo cuando hablemos de la obediencia apostólica propia de la consagración secular.

5.- Amó con corazón de hombre.

Jesús lloró ante la muerte de su amigo Lázaro a quien amaba profundamente. Lloró ante la ciudad impenitente y la suerte que le esperaba al rechazar su visita de paz y salvación. Amó a sus padres y familiares, como no podía ser de otro modo. Amó a sus discípulos, a los

suyos, hasta el extremo; y los amó como a verdaderos amigos. Pero, por encima de todo, amó a Dios como su Padre, como la fuente de su ser y misión.

Los evangelios, por otra parte, atestiguan cómo Jesús se sentía amado por Dios, el Padre. Su existencia se fue conformando desde el amor recibido. Y así nos volvemos a encontrar con la misma paradoja de los puntos anteriores: amó con corazón de hombre, pero desde la fuente del amor, esto es, con el amor mismo con que él se sentía amado por el Padre. Amó con corazón de hombre, pero al estilo divino. Y esto no lo llevó a cabo sin una profunda lucha interior, con su familia y los discípulos.

Llegan su madre y sus hermanos y, desde fuera, lo mandaron llamar. La gente que tenía sentada alrededor le dice: «Mira, tu madre y tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan». Él les pregunta: «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?». Y mirando a los que estaban sentados alrededor, dice: «Estos son mi madre y mis hermanos. El que haga la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre». (Mc 3, 31-35)

Mientras él hablaba estas cosas, aconteció que una mujer de entre el gentío, levantando la voz, le dijo: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron». Pero él dijo: «Mejor, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen». (Lc 11, 27-28)

Jesús nos enseña el camino a seguir para vivir el amor en la verdad y la verdad en el amor. Y esto con corazón de hombre, con el corazón propio del Siervo. Entiendo que es el centro mismo de la consagración secular. El consagrado en la secularidad está llamado a ser en la Iglesia y en el mundo, *un memorial personal* de lo que la Iglesia está llamada a ser para el mundo: signo e instrumento del amor de Dios. En Cristo, los IS quieren contribuir a actualizar la verdad del amor apasionado de Dios por el mundo: «Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna». (Jn 3, 16) He aquí la enseñanza del Concilio Vaticano II:

La Iglesia, al prestar ayuda al mundo y al recibir del mundo múltiple ayuda, sólo pretende una cosa: el advenimiento del reino de Dios y la salvación de toda la humanidad. Todo el bien que el Pueblo de Dios puede dar a la familia humana al tiempo de su peregrinación en la tierra, deriva del hecho de que la Iglesia es "sacramento universal de salvación", que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre. (GS 45)

La consagración secular, por tanto, se inscribe en *la dinámica propia de la sacramentalidad de la Iglesia en el mundo y para el mundo*. Con su presencia en el mundo, Jesús santificó la carne y, por lo mismo, el mundo. Así restituía la bondad de lo creado y lo impregnaba de su santidad y consagración. El que participa de la santidad de Cristo, se convierte en sal que da sabor al mundo. El que vive en la luz, que es Cristo, ilumina ya el mundo con su presencia. «Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5, 13-16). «*Sed semilla de santidad arrojada a manos llenas en los surcos de la historia*». (Benedicto XVI) Juan Pablo II dijo con anterioridad: «Mediante la síntesis, propia de ellos, de secularidad y consagración, tratan de *introducir en la sociedad las energías nuevas del Reino de Cristo, buscando transfigurar el mundo desde dentro con la fuerza de las Bienaventuranzas*». Juan XXIII en la bula por la que convocaba el Concilio Vaticano II, escribía: «*Porque lo que se exige hoy a la Iglesia es que infunda en las venas de la humanidad actual la virtud perenne, vital y divina del Evangelio*».

6.- Jesús se revela como el hombre perfecto en su misión y pascua

(Este punto merecería un comentario amplio, pero dada la finalidad de esta meditación, me limito a un breve apunte) El devenir del hombre nuevo y perfecto alcanza su plenitud a lo largo de su misión por los caminos de Galilea y, ante todo, en el madero de la cruz. Jesús se revela el hombre perfecto por su obediencia al Padre y su solidaridad con sus hermanos los hombres. Muere para alabanza del Padre y para dar vida eterna a todos, incluidos sus verdugos. Es el momento de la máxima revelación de Dios y del hombre, sellando así la consumación de la alianza, la comunión en el amor, el diálogo, para el que el hombre, varón y mujer, fue creado. En la sangre del cordero inmolado se reveló el amor apasionado de Dios por el mundo, y la perfecta respuesta del hombre a la iniciativa divina. El Espíritu Santo suscitó el carisma de los IS, como de los demás carismas, para que el pueblo de la alianza sea signo e instrumento en el siglo de la presencia de los hijos del reino de Dios. El trigo y la cizaña siguen y seguirán creciendo juntos hasta el momento de la siega. La consagración secular se presenta como memoria profética, o, si se quiere, como testimonio apostólico de la victoria de los hijos del Reino sobre los hijos del Maligno. Esta es nuestra esperanza gozosa en medio de las pruebas y del rechazo que sigue sufriendo la palabra de Dios por parte de algunos. Jesús es el hombre perfecto y su seguimiento radical en la consagración secular se convierte en llamada para todos los que quieren escuchar.

III.- LA CONSAGRACIÓN SECULAR, CAMINO DE PLENA REALIZACIÓN HUMANA

A la luz de lo que estamos meditando, señalo algunos puntos para vivir la consagración secular (cada instituto lo concreta en sus estatutos). Se trata de andar el camino de una más plena realización. La vocación divina y la realización humana son inseparables, pero no siempre la realización humana propuesta por la cultura y las culturas se adecua al plan de Dios, tal como se nos ha dado a conocer en Jesucristo por el Espíritu de la verdad.

1.- Hacerse como niños para entrar en el reino de los cielos

Cuando el primer Adán quiso ser como Dios, arruinó su dignidad y humanidad, se cortó de la fuente de la vida. El pecado es lo menos humano, el hombre fue creado sin pecado. El nuevo Adán vivió su existencia en el mundo en la obediencia filial, como un niño. Nicodemo, el honesto y honrado maestro de la ley, escuchó de labios de Jesús: «El que no nazca de nuevo no puede *ver el reino de Dios*... El que no nazca de agua y de Espíritu no puede *entrar en el reino de Dios*. Lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es espíritu» (Jn 3, 1-12) Para ser niños es preciso nacer de nuevo del agua y del Espíritu, y esto choca con la pretensión de afirmarse ante Dios, como lo hiciera y hace el viejo Adán, que todos llevamos dentro de nosotros. Está llamada a hacerse como niños recorre el Evangelio entero (cf. Mt 18, 1-5; Mc 10, 13-16; Lc 18, 15-17).

Ahora bien, «*hacerse como niños*» no debe confundirse con el simplismo. La sencillez no es lo mismo que la superficialidad. Pablo, que nació por gracia a la vida nueva de discípulo y apóstol, alertó a la comunidad con palabras muy significativas:

No seamos niños sacudidos por las olas y llevados a la deriva por todo viento de doctrina, en la falacia de los hombres, que con astucia conduce al error; sino que realizando la verdad en el amor, hagamos crecer todas las cosas hacia él, que es la cabeza: Cristo.» (Ef 4, 14-15)

Ya el mismo Jesús, como relatan los evangelistas, había alertado a una generación que se comportaba como niños caprichosos.

¿A quién compararé esta generación? Se asemeja a unos niños sentados en la plaza, que gritan diciendo: “Hemos tocado la flauta, y no habéis bailado; hemos entonado lamentaciones, y no habéis llorado”. Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: “Tiene un demonio”. Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: “Ahí tenéis a un comilón y borracho, amigo de publicanos y pecadores”. Pero la sabiduría se ha acreditado por sus obras». (Mt 11, 16-19; cf. Lc 7, 29-35)

Quien renace del agua y del Espíritu y es injertado en el nuevo Adán, recibe la capacidad y posibilidad de desarrollar su humanidad y vocación divina, mediante la obediencia filial y una solidaridad fraterna. En una palabra: *¡Seamos como niños para a ser adultos!*

2.- La asidua escucha de la palabra de Dios y la adoración.

Santa Teresa de Jesús afirmó que en la séptima morada, en la madurez, Marta y María andan juntas. En la consagración secular se trata de vivir también esta verdad. La acción debe nacer de la escucha y la adoración; y la acción debe refluir en escucha y adoración, más allá de todo pietismo.

Para que la acción del consagrado *«en el siglo y desde el siglo»* esté en armonía con el plan de Dios, es necesario que el consagrado viva inmerso en la palabra de Dios y la adoración. A través de la lectio divina, su ser y acción se irán modelando, descubrirá el designio de Dios sobre lo creado y trabajará con los hermanos en la perspectiva correcta, respetando la legítima autonomía de las realidades temporales. Sin una familiaridad real y auténtica con la palabra de Dios, nos incapacitamos para el verdadero discernimiento de los signos del Espíritu en lo concreto de la existencia. La escucha asidua de la palabra de Dios estará acompañada de una actitud permanente de adoración, para amar y servir al Señor por él mismo. Sólo así avanzaremos con amor gratuito en el servicio a los hermanos.

Para caminar en esta perspectiva, es necesario el silencio propio de la escucha amorosa, la de María, la del verdadero discípulo. La palabra y acción deben ir precedidas del silencio. Los padres de la Iglesia recuerdan: *la Palabra viene del silencio*. Y esto es muy importante para vivir la consagración en la secularidad. Sin el silencio del corazón, de la adoración, existe el riesgo de separar a Marta y María. ¿No ocurre así en el activista y el pietista?

San Gregorio Magno, en un tiempo muy diferente al nuestro, exhortaba a los pastores a armonizar la contemplación y la acción.

“La vida del pastor de almas debe ser una síntesis equilibrada de contemplación y de acción, animada por el amor que toca cumbres altísimas cuando se acerca misericordioso a los males profundos de los otros. La capacidad de inclinarse hacia la miseria ajena es la medida de la fuerza del lanzamiento hacia lo alto”.

La acción, cuando es de verdad colaboración con el Espíritu, que realiza los cielos nuevos y la tierra nueva, lleva a la oración e intercesión, a la alabanza y adoración al descubrir cómo la fuerza de la resurrección sigue actuando en el mundo.

3.- El aprendizaje de la lectura creyente de la realidad.

El Papa Juan Pablo II, en el programa pastoral para el actual milenio, afirmó la importancia de aprender a interpretar *el llamamiento que Cristo nos hace aquí y ahora*, en las nuevas formas de pobreza, con el fin de vivir una nueva imaginación de la caridad.

El cristiano, que se asoma a este panorama, debe aprender a hacer su acto de fe en Cristo interpretando el llamamiento que él dirige desde este mundo de la pobreza. Se trata de continuar una tradición de caridad que ya ha tenido muchísimas manifestaciones en los dos milenios pasados, pero que hoy quizás requiere mayor creatividad. Es la hora de una nueva « imaginación de la caridad », que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno. (NMI 50)

Toda la Iglesia, pero de manera especial, los consagrados en la secularidad, están llamados a cultivar una verdadera lectura creyente de la realidad. No se trata de ser jueces de la ella, sino de contemplar y acoger la presencia del Señor en la historia, para descubrir cómo ser colaboradores del Espíritu en el advenimiento de los cielos nuevos y la tierra nueva. Y esto no puede llevarse a cabo sin un profundo silencio personal y la ayuda de los hermanos.

La fe sabe y afirma: el Señor está en medio de nosotros, él conduce la historia, el Espíritu precede, acompaña y prosigue la acción de la Iglesia en el corazón de las personas, culturas y pueblos. Y esto en medio de las ambigüedades de la existencia real.

Para llevar a cabo el aprendizaje de la lectura creyente de la realidad histórica, es preciso de todo punto: presencia y cercanía, atención y contemplación. Sin presencia y cercanía a lo real no puede existir lectura creyente. Sin atención, se corre el riesgo de reducir la realidad a mi percepción o los análisis de unos y otros. Sin contemplación silenciosa y perseverante no se mantiene la necesaria distancia para ver con los ojos de Dios, pues la realidad tiene una profundidad que escapa a la mirada superficial, inmediata o ideológica. La lectura creyente de la realidad exige distancia ante los medios de comunicación; y, por otra parte, una gran humildad en el amor y la verdad.

Para concluir estas reflexiones, propongo releer un texto de Pablo VI dirigido al pueblo de Dios desde Nazaret, pues en él encontramos una provocación a cultivar la consagración secular.

Es la voz de Cristo que promulga el Nuevo Testamento, la Nueva Ley que absorbe y supera la antigua y lleva hasta las alturas de la perfección la actividad humana. Gran motivo de obrar en el hombre es la obligación, que pone en ejercicio su libertad: en el Antiguo Testamento era la ley del temor; en la práctica de todos los tiempos y en la nuestra es el instinto y el interés; para Cristo, que el Padre por amor ha dado al mundo, es la Ley del Amor. El se enseñó a Sí mismo obedecer por amor; y esta es su liberación. «Deus —nos enseña san Agustín— dedit minora praecepta populo quem adhuc timore alligare oportebat; et per Filium suum maiora populo quem charitate iam liberari convenerat» («Dios dio mandamientos menos perfectos al pueblo que convenía tener todavía bajo el temor; y mandamientos más perfectos por su Hijo al pueblo que había decidido liberar ya por amor») (PL 34, 11231). Cristo en su Evangelio ha dado al mundo el fin supremo y la fuerza superior de la acción y por eso mismo de la libertad y del progreso: el amor. Nadie lo puede superar, nadie vencer, nadie sustituir. El código de la vida es su Evangelio. La persona humana alcanza en la palabra de Cristo su más alto nivel. La sociedad humana encuentra en Él su más conveniente y fuerte cohesión.

El hombre perfecto, que es Cristo, nos muestra el camino de la verdadera plenitud humana, que no es otro que la senda del amor. La consagración secular nos introduce de lleno en esa corriente de amor por el mundo, que brota del Padre, se revela plenamente en el don del Hijo y nos alcanza en la alianza del Espíritu Santo.